

que Don Alonso de Rivera antes, y ahora vos, ¿pensais que haya álguien que se ocupe de la pobre viuda, aun cuando sea una marquesa?

—Marquesa—dijo Don Pedro con marcada intencion— si la modestia y la hermosura son las dos flores mas bellas, y vos las poseeis, seguro estoy de que en este momento hay álguien ya que piensa mas en vos que lo que vos podeis suponer.

—¿Y quién es?—preguntó Catalina con fingida inocencia.

—Es un hombre, marquesa, que quizá no os pueda presentar un título de nobleza, ni una ejecutoria como la vuestra; pero en cambio, puede ofreceros un amor sin límites, y un caudal con que satisfacer hasta el mas pequeño de vuestros deseos.

—Es imposible que haya un hombre que me ame así, cuando acabo de llegar á México y muy pocos me conocen.

—Pues entre esos pocos está, marquesa.

—Es que son tan pocos, que quizá no pasen de Don Alonso y de vos.

—Buscadle entre ellos—dijo Don Pedro con exaltacion.

—¿Don Alonso?—dijo Catalina tratando de llevar á Mejía hasta sus últimos atrincheramientos—¿Don Alonso? Vaya, pero es raro, que jamás me ha indicado nada.

—Entonces, no debe ser él.

—Luego.....

—¿Luego qué, señora?

—Sereis vos.

—Yo, yo mismo—exclamó Don Pedro.

Doña Catalina estuvo á punto de reirse al ver la cara que ponía aquel hombre.

—Parece un oso—pensó—y luego agregó en voz alta:

—Don Pedro, ¿cómo creéis que yo me fiara de un amor

tan violento y tan repentino? Eso solo se cuenta en las historias.

—Se cuenta en las historias, marquesa, y siempre es verdad, créedme, porque yo jamás miento; os amo, marquesa, y me creeria feliz al haceros dichosa á vos.

—Vamos, si me parece cosa de milagro.

—Llamadle como querais, marquesa, pero es cierto; soy solo, rico, puedo haceros muy feliz. ¿Me amareis, señora?

—¡Cuidado, señor Don Pedro, cuidado! Muy de prisa vais: no es cosa de tomar así un corazon como una plaza, por sorpresa; nos trataremos, y entonces veré si os puedo dar esperanzas.

—Mucha crueldad es esa.....

—No, prudencia, prudencia.

—La vieja y Don Alonso, que habian estado en ácecho, comprendieron que era el momento de cortar la conversacion, y entraron á la sala.

Don Pedro procuró reponerse de la agitacion que le habia producido aquella escena.

—Nos retiramos, Don Pedro—dijo Don Alonso.

—Cuando gustéis, contestó Don Pedro.

—¿Por qué tan pronto?—preguntó con un aire angelical Doña Catalina.

—Es tarde, aun tenemos que hacer—contestó Don Alonso.

—Marquesa—dijo Don Pedro—supongo que mi amigo Don Alonso de Rivera os habrá dicho que en mi casa hay constantemente una carroza enganchada siempre á vuestras órdenes, de tal manera que no teneis sino que avisar y os la traerán.

—Gracias, Don Pedro, pero ya os lo he dicho; por ahora no salgo á ninguna parte.

—Como vos lo mandeis. Dios os guarde, marquesa.

—Buenas noches, Don Pedro.

Don Pedro y Don Alonso bajaron la escalera y salieron á la calle sin hablar una palabra, y ya allí, Don Alonso dijo:

—¿Qué tal! ¿estais contento?

—Algo, contestó Mejía.—Hacedme, os suplico, el favor de venir mañana temprano, que quiero tratar con vos de un negocio que me importa.

—Bien—contestó Don Alonso.—Y pensó luego: ya tragó el anzuelo.

Doña Catalina quedó silenciosa hasta que escuchó el zangan que se cerraba despues de haber dado salida á Don Pedro: entonces se levantó, radiante de gozo, y dijo á la vieja echándole al cuello los brazos:

—¡Madre mia! ahora sí creo que me caso, y bien.

—Dios lo haga, que bien lo mereces.

Doña Catalina soñó que se casaba con Don Pedro.

Don Pedro soñó que se casaba con Doña Catalina.

XIX.

Cómo Martin hizo un escarmiento con Don Baltasar de Salmeron, y lo que se originó de esto.

EL único de los hijos de Don Gonzalo de Salazar que pudo ser habido por la justicia, fué Don Leonel, que en una carroza de su padre fué conducido á las casas consistoriales, porque aun la cárcel de Palacio no estaba completamente repuesta.

Martin salió de Palacio en la tarde, y un hombre desconocido que le esperaba, le entregó un papel.

Martin se recató para abrirle, y leyó que decia:

«Buscadme luego en la calle de las Canoas en la casa colorada. Dad por contraseña la misma muestra, y os conducirán á mi presencia.»

A. DE S.»

—Por la casa á que me citan y por las iniciales de la firma, Don Alonso de Salazar debe ser el que me escribe—pensó Martin.—¿Qué demonio! Podia yo si tuviera sobre mí ese libro de Don Leonel, llevar luego.....Pero no.....en todo caso vale mas leerlo antes.....Sí, decididamente mañana le llevo: vamos á ver á Don Alonso de Salazar antes que llegue la noche, que á las nueve tengo de dar una leccion á Don Baltasar.

Y sin perder tiempo se puso en marcha para la calle de las Canoas.

La «casa colorada» estaba, como de costumbre, cerrada enteramente: Martin llamó sin vacilar.

—¿Quién?—preguntó el viejo portero.

—Abrid—contestó Martin.

La puerta se entreabrió, quedando contenida por una gruesa cadena que se atravesaba en el interior, y por allí asomó la blanca cabeza del viejo Luis Herrera.

—¿A quién buscáis?—preguntó.

—A un caballero que me envía á buscar.

El viejo no se movía.

—Abrid—dijo Martin.

—¿A quién buscáis?—repitió el portero.

Entonces comprendió Martin que era preciso dar la contraseña, porque el viejo no se la pediría nunca.

—¡Tenoxtitlan!—exclamó.

—Libre—dijo Luis alegremente, quitando la cadena y abriendo.

—¿Cómo habeis tardado en dejarme entrar!

—Vaya, como que vos no dábais la contraseña: y primero me hubiérais matado que yo os hubiera abierto sin esa condicion.

—¿Adónde está el Padre Salazar?

—Yo os conduciré. Esperad no mas que cierre.

El viejo cerró cuidadosamente, y luego dijo á Martin:

—Vamos, seguidme.

Y le condujo á un segundo patio, triste y solitario como toda la casa.

—No está vuestra casa de lo mas alegre—dijo sonriéndose Martin.

—Triste es en verdad—contestó el viejo dando un sus-

piro—triste como el corazon de los que en ella viven; pero llegará un dia en que el sol alumbre aquí, y en que estos patios hoy desiertos, se llenen de caballos y de palafreneros, y que la música resuene en los salones.....

—¿Y cuándo será ese dia?

—Cuando llegue el que vos esperais, como yo.

—¿No sois español?

El viejo volvió á ver á Martin con indignacion, y nada contestó.

Habian llegado á una puerta que estaba al terminar la subida de una pequeña é incómoda escalerita que se descubria en el fondo del patio.

—Aquí—dijo el viejo;—llamad.

Martin dió un golpecillo.

—¿Quién?—preguntaron de adentro.

—Uno y solo—contestó Martin.

Garatuza entró, mirando que la puerta se abria.

El Padre Salazar, envuelto en un balandran de paño negro y con una montera en la cabeza, salia á recibirle.

—Os esperaba con impaciencia—dijo.

—Aquí me teneis—constestó Martin.

—¿Qué hay, pues?

—Poca cosa: hay orden de prenderos á vos y á Don Leonel; no á vuestro padre: pero no temais, que ni el virey ni el inquisidor saben nada.

—¿Pero cómo? Explicadme.

—Martin refirió á Don Alonso cuanto habia ocurrido.

—¡Bendito sea Dios! me quitais una losa de mármol que tenia sobre mi corazon; creia que álguien nos habia traicionado, y esto despedazaba mi alma.

—Desgraciadamente—contestó Martin—en cuanto á eso no podeis estar muy satisfecho.

—¿Cómo?

—Hay entre nosotros un traidor, un infame que ha ido á denunciar al virey cuanto hemos pensado hacer y los nombres de todos nosotros; en fin, todo, todo.

—Entonces, somos perdidos.

—Aun no, que la denuncia ha caido en mis manos y no ha llegado á las del virey; pero es preciso que ese hombre muera, porque mañana quizá no estaré aquí, y entonces podreis comprender lo que sucederá.

—¿Pero quién es ese hombre?

—Por hoy, no puedo, no quiero deciros su nombre. Mañana, el que sepais que ha dejado de existir esta noche, ese es el traidor.

—¿Quién le matará?

—Yo—contestó con fiereza Martin.

El Padre quedó silencio por un instante, y luego dijo:

—Si estás seguro de lo que dices, si tu conciencia queda tranquila de que obras en justicia, sea.

—Y será.

Los dos volvieron á quedar en silencio.

—Dime—exclamó de repente el Padre—¿crees que será peligroso ir esta noche á la junta?

—No—contestó Martin—creo que podreis ir, sobre todo procurando llegar allá antes de las nueve.

—¿Por qué?

—Seguid si quereis mi consejo; pero no me preguntéis por qué.

—¿Irás tú?

—Iré despues de las nueve, si Dios me presta vida.

—Misterioso estás hoy.

—A fé que tengo razon, y ya lo vereis: en fin, me retiro, y hasta la noche.

—Hasta la noche, y no faltes, que mañana debes partir para Acapulco.

Martin salió de la casa colorada, despidiéndose amablemente del viejo portero, y se encaminó á la casa del Zambo.

Habia anocheado, y los transeuntes se encontraban en la calle sin reconocerse á causa de la oscuridad; sin embargo, la librea de la casa del virey que llevaba Martin, no dejaba de llamar la atencion, cuando la heria la luz que salia de una tienda.

Martin entró en la casa del Zambo tan preocupado con la serie de acontecimientos del dia, que ni siquiera le habló á éste.

Sin perder tiempo, quitóse la librea, y vistió apresuradamente un trage con medias calzas de venado, calzones de escudero y ropilla de vellorí pardo; ciñóse un talabarte y colgó de él una gran espada despues de haberla examinado cuidadosamente; prendió en su cintura una daga de gancho, se caló un gran sombrero con pluma negra, y se embozó en una larga capa, negra tambien.

El Zambo le miraba sin decir una palabra, y cuando Garatuza acabó de ataviarse, el Zambo comenzó á levantar las piezas de la librea que Martin habia dejado por tierra.

—Me esperas toda la noche—dijo Garatuza.

—Sí—contestó el Zambo, mas bien con un gruñido que con una voz humana.

—Si necesitas dinero, ya sabes dónde hay.

—Sí—volvió á gruñir el Zambo.

Martin alzó el embozo, el Zambo le abrió la puerta, y dándose todo el aire de un veterano, Garatuza desapareció en la oscuridad.

Sonaba en aquel momento la plegaria de las ocho.

—¡Demonio!—dijo Martin—el mendigo me aguarda á las ocho en la casa del Cristo.

Y comenzó á caminar mas de prisa.

Un cuarto de hora despues llegaba al lugar de la cita, y de una de las puertas se destacó un hombre.

Era Lázaro.

Martin le miró con desconfianza; bajó el ancha ala de su sombrero, pero no advirtiendo sin duda nada que le hiciera desconfiar, se acercó á él.

—¿Martin?—dijo Lázaro.

—El mismo—contestó Garatuza.

—Has tardado.

—Pero llegué al fin. ¿Qué me querias?

—Hablarte.

—Pues hablemos.

—¿Aquí?

—Si te parece.

—No cerca de los muros; «las paredes oyen.»

—Retirémonos.

Y comenzó Martin á caminar hácia una plazoleta que estaba cercana.

Allí, en medio, en donde nadie podia ni verlos ni escucharlos, se detuvo. El mendigo estaba á su lado.

—Aquí estamos bien—dijo.

—Sí—contestó Lázaro.—Escúchame: esta tarde he hablado con Teodoro, y sé ya todo lo que ignoraba y lo que tal vez tú no habrias podido decirme. Martin, ¿hásme reconocido?

—No, por el santo de mi nombre.

—Bien, voy á descubrirme contigo, como me he descubierto con Teodoro, porque fio en vosotros, y porque sois mi apoyo en los planes que tengo meditados.

—Pero ¿quién sois?—dijo Martin, comenzando á sentir instintivamente cierta especie de respeto por aquel hombre.

—Yo soy—contestó el mendigo acercándose al oido de Martin y como si temiese ser escuchado;—yo soy Don César de Villaclara; buscaba á Blanca, ha muerto y debo vengarla.

—¡Don César!—exclamó asombrado Martin.

—¡Silencio! No vuelvas á pronunciar jamás ese nombre: el que le llevaba no existe sino para los asesinos de Doña Blanca, es decir, para Don Pedro de Mejía y para Don Alonso de Rivera; para ellos sí vive como un remordimiento, como una sombra que verán, que conocerán el dia de la venganza, pero solo entonces y hasta entonces.

—Pero ¿cómo.....

—Nada me preguntes, alguna vez lo sabrás; ahora yo soy el que debo interrogarte. Martin, ¿estás dispuesto á ayudarme en mi venganza?

—En todo—contestó Martin con exaltacion.

—Cuento contigo, y si en la calle encuentras á Lázaro el mendigo, que vive como un perro en la casa de Mejía, no le conoces, Martin, te lo advierto; pero cuida si te hace una seña ó te dice una palabra, y no faltes.

—Confiad.

—Adios, nada mas tengo que decirte. Separémonos.

—Adios.

Y tomando cada uno distinto rumbo, se perdieron entre las sombras.

Garatuza se colocó en una puerta cerrada cerca de la casa del Cristo. Alzó el embozo, se caló el sombrero, y se quedó inmóvil como una estatua y confundido en la oscuridad.

Así pasó mas de una hora. Varios hombres cruzaron á su lado sin verle, y fuéronse unos de largo, y otros llamaron en la casa, dando la contraseña para entrar.

Por fin á lo lejos se escucharon las pisadas de uno que se acercaba. Martin debió conocer el eco de aquellos pasos, porque se enderezó como un venado que oye un rumor en el bosque.

Un hombre estaba ya inmediato á él; era Don Baltasar de Salmeron.

—Buenos dias, le dijo Martin.

—Dios los enviará—contestó Don Baltasar.

—Deseo hablaros, señor Salmeron.

—¿Qué decís?

—Preguntaros si estais dispuesto á morir.

—¿A morir? exclamó Salmeron dando un paso atrás.

—A morir, y ahora mismo, por traidor.

—¡Traidor yo!—contestó Salmeron tirando de la espada y arremetiéndole á Martin, que le esperaba ya en guardia.

—Sí, tú traidor, traidor, y yo te castigo.

Martin arremetia tambien á su contrario, pero la escasa y vacilante luz del farol del Cristo no era bastante para alumbrar un combate, y las espadas se mellaban inútilmente muchas veces, y cuando se encontraban volvian á perderse luego.

Martin sintió que el acero de su contrario penetraba en su brazo izquierdo, y exhalando un rugido dirigió su espada hácia el punto de donde le venia el ataque, y conoció que á su vez habia acertado.

—¡Confesion, confesion!—gritó Don Baltasar—confesion! me han muerto.

Martin limpió su espada y echó á correr.

Varias ventanas se abrieron, y como por encanto apare-

ció allí un alcalde con su farolillo y seguido de una ronda de alguaciles que rodearon al herido.

En la casa del Cristo se abrió con precaucion el postiguiello: un hombre miró por allí un momento y volvió á cerrar. Aquella aventura alborotó á todo el barrio.

XX

abior un al chinero y alillo con su familia en un
de algunas que volaron al lado.
En la casa del Cristo se abrió con presion el portin.
Por un hombre que allí en momento y volio á certar.
A quella aventura alborotó á todo el barrio.

XX.

En que se sigue la materia del anterior.

GARATUZA sintió que le incomodaba un poco la herida que habia recibido en el brazo; pero sin embargo, como la sangre que de allí brotaba era muy poca, no se detuvo y se dirigió á la casa colorada.

Como eran ya cerca de las diez, necesitó llamar á la puerta repetidas veces para conseguir que le abriesen.

Al fin refunfuñando y medio dormido, el viejo portero se presentó, reconoció á Martin y le hizo penetrar en la casa.

—¿Aun no sale el Padre?—preguntó Martin.

—Aun no—contestó el viejo.

Garatuza se entró hasta el aposento que ocupaba Don Alonso.

—¿Qué hay?—preguntó el Padre.

—En primer lugar, que no salgais esta noche, ni vayais á la casa del Cristo.

—¿Por qué?

—Todo aquel barrio está alborotado; Don Baltasar de Salmeron ha sido muerto, á lo que parece, de una estocada.

El Padre recordó todo lo que habia hablado con Martin en la tarde, y le miró con profunda curiosidad, notando que tenia sangre en la ropilla.

—¿Martin!—exclamó—¿estás herido?

—Poca cosa—contestó el otro con indiferencia, mostrando su brazo izquierdo;—la víbora alcanzó á morderme.

—Acércate—dijo el Padre con interés y olvidando la conversacion—algo se me alcanza de la medicina, á pesar de serme prohibido por mi estado.

—Dejad, esto se curará sin medicina.

—No—insistió el Padre—quiero curarte. Y tomando la mano de Martin cortó la manga de la ropilla con unas tijeras, y dejó descubierta la herida, que examinó cuidadosamente.

—Poca cosa es en verdad—dijo:—basta lavarla y vendarla, que tu salud es robusta y sanarás pronto.

Entonces, con todo el despejo de un cirujano consumado, lavó el brazo de Martin y se lo vendó.

—¿Qué tal?—dijo.

—Me siento bien—contestó Garatuza.

—Continuemos nuestra conversacion. ¿Murió Don Baltasar?

—Debe haber muerto ya.

—¿Y qué hubo despues?

—Que como las rondas se aparecen cuando menos debieran de hacerlo, llegaron los alcaldes, y los alguaciles, y el demonio, y aunque nada sacaron de rastro, quise venir á prepararos para que por allá no aparezcáis, que pudieran daros un susto.

—Es verdad, pero se pierde la noche.

—No se pierde, que bien aprovechada está ya con la muerte de un traidor, y con las instrucciones que me dais para el príncipe de Nassau, que no me conviene ya estar ni un solo dia mas en México.

—Entonces, hé aquí todo: una carta para S. A., y que tú le refieras cuanto ha pasado. ¿Cuándo piensas salir?

—A la madrugada de mañana; solo que tengo que ver antes á la señora de esta casa, para entregarle un depósito que me entregó Leonel.

—¿De qué se trata?

—De unos papeles.

—¿Los traes?

—No, voy por ellos y vuelvo.

—Adviértelo entonces para que te espere.

—Teneis razon; vuelvo.

Martin bajó al patio, y se dirigió á la escalera principal.

La casa estaba envuelta en la mas densa oscuridad, y solo al través de la puerta de la sala se notaba luz.

Martin llamó, y á poco se abrió la puerta y apareció Doña Esperanza.

—¿Quién sois?—exclamó asustada la jóven.

—No os espanteis, señora—dijo cortesmente Garatuzza:

—vengo de parte de Don Leonel de Salazar, en busca de Doña Juana de Carbajal.

—¿De Don Leonel!

—Sí, señora; ¿sereis vos la persona á quien busco?

—No, es mi madre, pero hase recogido ya.

—Señora, importa que le digais que dentro de breves horas le traeré unos papeles que para ella me ha entregado Don Leonel; que si fuera posible me aguardase, porque mañana salgo para Acapulco y necesito cumplir antes con este encargo.

—Le avisaré á su merced—dijo Doña Esperanza entrando.

Poco tardó en volver con la respuesta.

—Caballero—dijo—mi madre aguardará toda la noche.

—Volveré, pues, tan pronto como me sea posible—contestó Garatuzza saludando.

—Ah! perdonad, caballero—dijo tímidamente Doña Esperanza.

—Mandadme, señora.

—Quizá sea una imprudencia.....pero.....quisiera preguntaros.....mi primo Don Leonel!.....¿sigue preso?

—Sí, señora.

—¿Y creéis que le amenaza algun peligro?

—Os aseguro, señora, que no le amenaza ningun peligro, y creo que pronto saldrá libre.

—Gracias, caballero, gracias, y perdonad mi imprudencia.

—Podeis mandarme, señora—contestó Martin, y salió diciendo en su interior:—«aquí hay algo mas que parentesco.»

Llegó al zaguan, y al salir dijo al viejo portero:

—Amigo, no os durmais, que de volver tengo para un negocio de mi señora Doña Juana.

—Está bien—contestó Luis Herrera con todo el mal humor posible.

Martin volvió á Palacio, y procurando no ser notado por el virey, penetró hasta su aposento; sacó de él la caja que le habia confiado Salazar, y se encaminó á la casa del Zambo.

Como en Palacio todos sabian que Martin, encargado de misiones secretas del virey, podia entrar y salir á la hora que quisiese, nadie puso atencion en lo que hacia, y sin dificultad llegó á la plaza de las Escuelas y llamó á la casa del Zambo.

—Es preciso—dijo á éste al entrar—que en este momento vayas en busca de dos mulas para caminar; una para mí, otra para mi caja; y además, que venga contigo un arriero de confianza: no te pares en precio; son las once de la noche; á las dos estarás aquí de vuelta: tres horas son mas que suficientes: andando.

El Zambo no contestó; tomó su viejo sombrero, una capa, y salió cerrando tras sí la puerta.

Martin, con una actividad asombrosa, se desnudó, sacó de su caja un sencillo vestido de clérigo y un sombrero negro sin toquilla; guardó en la caja toda su ropa y la cerró con llave.

Entonces se acercó á la luz, tomó la cajita de Don Leonel, y sacó de adentro un libro manuscrito y primorosamente encuadernado.

Comenzó á hojearle; habia allí letras y escrituras diferentes; leyó un trozo, y luego otro, y al fin exclamó:

—Ciertamente que esta es una historia curiosa y que bien vale el trabajo de leerla: tengo tiempo de hacerlo antes de entregarla á su dueño, y así no me fastidiaré esperando al Zambo: veamos desde el principio.

Y encendiendo una bujía de cera, se acomodó en la cama del Zambo, procurando estar muy á su gusto, y comenzó la lectura de aquel libro, que decia así:

LA MARCA DEL FUEGO.

MEMORIAS DE DOÑA JUANA CARBAJAL.

ESPERANZA:

Para tí escribo, hija mia, estas Memorias, como las he oido de la boca misma de mi abuelo. En ellas verás la historia de nuestra familia y la tuya misma: aquí sabrás quién es tu padre, y cuando tú las leas, que será solo despues de mi muerte, olvida mis faltas y reza á Dios por mí.

Lee con atencion, hija mia, y que el Señor del cielo te bendiga y te haga feliz.

* * *

La gran ciudad de México, como la llamaron los españoles, habia caido en poder de Fernando Cortés, y el noble emperador Guatimotzin, ó Guatimoc, como ellos le decian, estaba prisionero.

El rey de España era dueño ya del rico imperio mexicano: era el año de 1521.

El conquistador trató al principio con toda clase de miramientos al prisionero monarca, y le hizo sentar siempre á su derecha, y apareció siempre en público prodigándole toda clase de miramientos.

Pero esto duró muy poco tiempo.

Los tesoros encontrados dentro de los muros de la ciudad vencida, no alcanzaron á saciar la codicia desenfrenada de la tropa; y comenzaron entonces las murmuraciones.

En vano se registraron hasta los sepulcros mismos, en vano se amenazó á todos los principales habitantes de la ciudad, para que descubriesen los ocultos tesoros de los reyes aztecas; nada pudo alcanzarse, y los soldados se irritaban mas y mas.

Llegó por fin un momento en que aquellas murmuraciones tomaron casi el carácter de una sublevacion, y comenzó á decirse públicamente que Cortés habia recibido de Guatimoc los tesoros; que él queria guardarlos para sí, *robando* al rey y á sus soldados.

Cortés, que no habia retrocedido nunca ante ningun peligro, se espantó de aquellas viles murmuraciones; y para dar una prueba de su inocencia, y animado por infames sugerencias, consintió en que se diera tormento al emperador quemándole á fuego lento, hasta obligarle á declarar adónde habia ocultado sus tesoros.

Tú sabes, hija mia, los pormenores de la ejecucion de esta bárbara sentencia; porque ni hay mexicano que las ignore, ni perderán los siglos venideros la memoria de aquella frase sublime del emperador, al escuchar la queja de su compañero de tormento:

«¿Estoy acaso en un lecho de flores?»

Cortés, avergonzado de su debilidad y arrepentido de una crueldad tan horrible, mandó suspender la ejecucion, convencido quizá de que para una alma como la del emperador, nada importaban los mayores tormentos del cuerpo.

El desgraciado monarca, casi incapaz de alivio, fué separado de la hoguera.

Entre los soldados que con mas entusiasmo habian pedido el suplicio, y entre los que con mas gozo habian asistido á él, se distinguia uno que se llamaba Santiago de Carbajal, hombre ya de alguna edad y que habia dejado en España á su mujer y á una hija suya de quince años. Carbajal comenzó por odiar al emperador Guatimotzin y por reir cuando le miró conducir á la hoguera; pero á medida que el fuego se encendia, que las llamas se levantaban lamiendo apenas los desnudos piés del monarca, suspendido á corta altura sobre la terrible hoguera; cuando vió que se ungian aquellos piés con grasa para hacer los dolores mas agudos y mas prolongados, y que sin embargo el rostro del mártir permanecía sereno y una sonrisa de supremo desden se dibujaba algunas veces sobre su boca; cuando escuchó aquellas sublimes palabras con que el emperador echaba en cara á su ministro su poco valor, entonces su odio se trocó en admiracion, su desprecio en respeto, y su gozo en remordimiento y en vergüenza.

Carbajal comprendió entonces lo que era un héroe, un mártir, un patriota.

Si la orden de suspender el tormento no hubiera llegado en aquel instante, Carbajal hubiera sido capaz de arrojarse sobre la hoguera para apagarla.

Tan profunda impresion habia recibido y tan grande era el cambio que habia tenido aquel corazon.

El rudo soldado, casi llorando, ayudó á quitar á Guatimoc del tormento y á trasportarle á su casa.

El emperador miró á aquel hombre, que siendo de sus mismos enemigos procuraba auxiliarle, y le tendió la mano.

Desde aquel dia Carbajal fué el protegido del emperador.